

que permaneciera aquí un vestigio del templo de Júpiter, en el que abandoné la fé...

»He arrastrado la existencia al través de quince lentos siglos; pero espero en la misericordia del Todopoderoso. Mis pruebas están terminadas. Huello ahora con mis pies el polvo del templo pagano. Tú eres quien acabas de arrojar el último de sus fragmentos por encima del precipicio. Mi tiempo ha llegado; esta es la hora señalada para que desaparezca de la tierra.»

Al acabar este discurso el viejo se alejó hácia el mar; desde la punta de una roca se arrojó á las olas y desapareció. No apercibí lucha alguna; no ví sino las límpidas aguas y solo un débil resplandor que se elevó de la ola en el punto en que se habia sumergido. Fuí entonces despertado por mi doméstico y mi genízaro que me sacudían el brazo y esclamaban que se habian asustado al encontrarme sumido en un sueño extraordinariamente profundo. Torné mis miradas hácia el mar: el mismo resplandor estaba todavía allí y me pareció continuar viendo el lugar secreto de la ola en que habia desaparecido el anciano. La vision me habia impresionado tan profundamente, que les pregunté si no habian visto á nadie arrojarse al mar, y si no habian oido á un interlocutor hablar conmigo. Como habreis imaginado su respuesta fue negativa.

Este sueño me causó una estraña sorpresa.

Al pasar por Jerusalem, y siguiendo el litoral del mar Muerto, me habia sorprendido estremadamente el estado actual de la Judea, y la conformidad de la suerte de la nacion judía, con las predicciones de Cristo. Además yo leia entonces el elogio de Juliano por Gibbon, y habia seguido con curiosidad los esfuerzos sorprendentes hechos por este emperador para reconstruir el templo. En estas circunstancias y en tal lugar, un ensueño tal no tenia sin duda, nada que debiera admirarme; sin embargo, habia algo tan vivo en esta aparicion, y la imágen del sujeto era tan singular y estraña, que este sueño influyó largo tiempo sobre mi imaginacion, de manera que cada vez que volvia á mi espíritu, sentia fortificada mi fé.

—Creo, dijo Onofre, que todas las historias de apariciones y apariciones sobrenaturales, se basan en sueños del mismo género. Esta es una representacion ideal de acontecimientos en relacion con la situacion local en cuyo momento se encuentra la persona; el cuadro imaginario presentado durante el sueño, coincide mas ó menos con la realidad.

—Soy completamente de vuestro parecer en cuanto á los sueños en general, replicó el Desconocido. Sin embargo, hay circunstancias en que el alma parece desde luego dotada de mayor perspicacia y que se mueve en un mundo de ideas distinto del mundo ordinario.



Es muy cierto que en el caso de que acabo de hablar, si no hubiese tenido á mi lado á mi criado y si mi sueño hubiera sido algo mas verosímil, habria sido muy difícil persuadirme de no haber sido visitado en realidad por una aparicion.

Habiendo girado nuestra conversacion sobre los ensueños, recordé el de Bruto é hice notar que su genio se le habia aparecido en su tienda. Si el héroe hubiera soñado que el genio se le hubiera aparecido en Roma, no hubiese dudado de la realidad de la aparicion. Citaré la vision del mismo género que, si se cree á Plutarco, tuvo Dion antes de su muerte y en la que vió una mujer gigantesca: una de las Parcas se le apareció mientras que reposaba bajo el pórtico de su palacio. Recordaré tambien el ángel custodio de mi convalecencia que me pareció estar tan largo tiempo conmigo á la cabecera de mi lecho.

—Evidentemente, esas son otras tantas ilusiones, dijo á su vez Ambrosio, y participo del escepticismo de Onofre. Recuerdo haber soñado una noche que mi puerta habia sido forzada, que habia ladrones en mi habitacion y que uno de ellos ponía su mano en mi boca para saber si estaba en realidad dormido. En este momento me desperté y fueron precisos algunos movimientos para poder convencerme de que no habia hecho mas que soñar. Sentí el peso de las sábanas sobre mis labios

y todavía en el temor de ser asesinado, continué teniendo mis ojos cuidadosamente cerrados respirando lo mas suavemente posible; aunque no oía ningun movimiento, no dejé de sentir, sin embargo, cierta sensacion de espanto cuando me arriesgué, al cabo de algun tiempo, á abrir los ojos, y entonces estando seguro de que no habia nada absolutamente, no estaba aun enteramente convencido, hasta que me levanté para cerciorarme de que la puerta de mi habitacion continuaba cerrada con llave.

Soy el único de nuestra pequeña sociedad que no puede contar algun sueño singular de la misma naturaleza, dijo Onofre con aire ligeramente burlon. Sin duda es á causa de mi espíritu pesado y poco imaginativo. Supongo que la tendencia general á los ensueños es el síntoma de un temperamento poético. Si estuviera dotado de una facultad entusiasta en alto grado, sin duda lo hubiera estado tambien de un mayor y ferviente instinto religioso. En fin, para volver á la idea de Philaléthès sobre la herencia de los caracteres, añadiría que probablemente mis antepasados no han sido ni muy profundos en su fé ni muy místicos.

—No teneis derecho para negar las cosas que no habeis experimentado, le respondí, y tanto mas cuanto que la ciencia no ha fijado aun su atencion sobre este órden de fenómenos. El cerebro funciona durante el sueño. El



alma se encuentra en estas horas solitarias, en un estado ciertamente muy distinto del de vigilia. Día llegará en que se estudiarán estos hechos, fugitivos aun y se aplicará este estudio al conocimiento del hombre. Estando suficientemente discutido hoy este tema entre nosotros, á causa de la falta de datos necesarios pare resolverlo, me voy á tomar la libertad de dirigir ahora una pregunta á nuestro huésped desconocido que espero no la considerará indiscreta. Tanto Onofre como yo, tenemos curiosidad por saber si sois católico (ultramontano ó liberal) ó de una comunión reformada.

—Soy miembro de la Iglesia universal del *cristianismo*, respondió el Desconocido. El rosario que me habeis visto al cuello es un recuerdo de simpatía y de respeto hácia un hombre ilustre. Si lo deseais os contaré en dos palabras la historia de mi encuentro con ese personaje. Las circunstancias que lo rodearon tendrán además algun interés para vosotros.

En tiempo de Napoleon I, repuso, merced al privilegio especial que concedió á los hombres científicos, pasé por Francia para venir á Italia (1). Estaba preci-

(1) Se trata del mismo Sir Humphry Davy que habia obtenido de Napoleon permiso especial para atravesar la Francia durante el bloqueo continental. Hacia largo tiempo que deseaba visitar el continente. Este deseo se vió satisfecho hácia mediados de octubre

samente de vuelta de la Tierra Santa, y poseia dos ó tres rosarios de los que se venden en Jerusalem á los peregrinos, como habiendo estado suspendido en el san-

de 1813, en cuya época se embarcó en Plymouth, en compañía de su esposa y del jóven Faraday, su preparador y secretario. «Vamos á hacer, escribia á su madre, un viaje científico que, como espero, será agradable para nosotros y útil para el mundo. Atravesaremos con rapidez la Francia, para dirigirnos á Italia; de allí pasaremos á Sicilia, y volvernos por Alemania. Tenemos la seguridad de que los gobiernos de estos países nos prestarán por todas partes ayuda y proteccion. Estaremos probablemente uno ó dos años ausentes.» Hacia el fin de diciembre de 1813, el sábio químico dejó á París para continuar su viaje. Al pasar por Fontainebleau, visitó el palacio, donde algunos meses despues debia abdicar el emperador Napoleon I. Admiró la belleza de la selva sobre la cual se extendia el sudario del invierno. El aspecto de aquellas seculares encinas cubiertas de brillantes copos le inspiró un trozo de poesía de la que nos han sido trasmitidos algunos fragmentos por el sábio autor de la *Historia de la Quimica*:

«La naturaleza reposa en el silencio del sueño; los árboles no se adornan con ningun verdor; ninguna forma de la vida se descubre; un mágico follaje los reviste; el límpido cristal del trasparente hielo refleja al sol las tintas del arco Iris... Hé aquí montones de piedra, compactas rocas; diríase que estaban colocadas por la mano del hombre, tristes ruinas de algun gran paladin, orgullo de las antiguas edades... Mas lejos está el palacio de una raza de poderosos reyes; parece pertenecer hoy al jefe de una nueva dinastía... El águila de oro brilla en él;... pero tal es la caprichosa suerte de las cosas humanas: se levanta un imperio, como una nube en el horizonte: enro-



to sepulcro. Pio VII en aquella época estaba prisionero en Fontainebleau. Por un favor especial y en consideración á mi viaje por la Tierra Santa, obtuve el permiso de una entrevista con el venerable é ilustre pontífice. Llevaba conmigo uno de mis rosarios. El Padre santo me recibió con gran bondad; le ofrecí mis servicios, por si en algo podia serle útil, fuera de la política, segun lo que se dignara confiarme. Me dió las gracias, pero me respondió que no queria molestarme. Le conté entonces que acababa de llegar de los Santos-lugares, y saludándole con mucho respeto, le presenté mi rosario como reliquia del santo sepulcro: lo recibió con una sonrisa, lo besó con sus labios, lo bendijo y me lo devolvió creyéndome naturalmente católico. Yo tenia intencion de ofrecérselo á Su Santidad; pero al ver que sus labios lo habian tocado y que habia unido á esto su bendicion,

jese al salir el Sol, aparece sus matinales tintas sobre una atmósfera eléctrica; de repente se oscurecen sus tintas, una tempestad se aproxima, el rayo brilla y el trueno ruge; pero bien pronto se disipa la tempestad y todo entra en calma.»

Estas líneas llevan la fecha del 29 de diciembre de 1813. Davy continuó su camino para Auvernia, donde visitó los volcanes apagados. La vista del Monte-Blanco desde las alturas de Lyon, las orillas del Ródano, el Mediterráneo, los Alpes, los lagos, las formaciones geológicas, etc., inspiraron necesariamente la musa del químico poeta.

C. F.

llegó á ser este objeto mas precioso para mí, y le fijé á mi cuello donde permanece aun. El pontífice me dirigió algunas preguntas importantes sobre el estado de los cristianos en Jerusalem, me habló de la derrota del ejército francés en Rusia y de sus esperanzas sobre la próxima restauracion del Estado católico. Despues, bajando la voz: «¡Nos volveremos á ver, me dijo, hasta otra vista!» y me otorgó su bendicion paternal.

Diez y ocho meses despues de esta entrevista me encontraba con casi todo el pueblo de Roma, en la fiesta y recepcion de su entrada en la ciudad eterna. Aquel venerable sacerdote fue llevado sobre los hombros de los mas afamados artistas, al frente de los cuales ví al gran escultor Canova. Nunca olvidaré el entusiasmo de aquella recepcion.... y creo tener todavía ante los ojos y el alma la emocion de aquel gran espectáculo. En el momento que dió su bendicion al pueblo, todos se hincaron de rodillas dando señales de una emocion profunda; se veian las lágrimas, se oian los sollozos, como si los corazones demasiado llenos hubieran estallado. Alrededor mio se oian tan solo las palabras: «El Santo Padre, el muy Santo Padre! su restauracion es obra de Dios;» los viejos lloraban como niños. Apreté mi rosario contra mi pecho y le toqué con mis labios en el mismo sitio en que el pontífice lo habia besado. Conservo, pues, este rosario, con el sentimiento de una estremada venera-



cion, como recuerdo de un hombre santo, digno, agradable y benéfico, que honra á su Iglesia y á la humana naturaleza. No solo ha tenido este objeto cierta influencia sobre mi alma, sino que tambien ha sido para mí de una utilidad real, preservándome una vez contra los ataques de los bandidos un dia que atravesaba los Apeninos. Bien amenudo he complacido á los labradores de la Pulla y de la Calabria, al permitirles depositar un beso sobre este rosario que venia del Santo Sepulcro y que habia sido santificado por el beso y la bendicion del pontífice.

—Me permitireis observar, dijo Onofre, que lo que acabais de decirnos acerca de los servicios que ese objeto ha podido prestaros, en un encuentro con malhechores, recuerda un poco los fraudes piadosos. Si los bandidos os han respetado por un rosario bendito, lo debéis evidentemente á su credulidad y no á la virtud de la reliquia. Esto me recuerda una invencion bastante ingeniosa de un sabio geólogo contemporáneo. Estaba en el Etna muy ocupado en reunir una coleccion de diversas clases de lava, formadas por la corriente ígnea de esta montaña; y los labriegos le molestaban á menudo, porque suponian que buscaba tesoros. Le ocurrió un dia la idea de dirigirles la siguiente alocucion: «He hecho el voto, queridos hermanos, de llevar conmigo pedazos de cada clase de piedras de las que hay en

esta montaña; dejadme, os ruego, cumplir con mi deber tranquilamente, á fin de que pueda recibir la absolucion de mis pecados.» Estas palabras produjeron su efecto; los labriegos se pusieron á gritar: ¡Ved un santo hombre, un verdadero santo! y le dieron toda la asistencia que pudieron para ayudarle á trasportar todas las muestras que su ambicion de geólogo anhelaba. Con esta estratagema, pudo hacer su coleccion en completa seguridad y de un modo muy agradable.

—No admito el fraude piadoso, respondió el Descocido, ni aun con el móvil de hacer avanzar la ciencia. Mi rosario no despierta en los estraños mas que un sentimiento de respetable piedad; y en cuanto á mí, continúo llevándolo como recuerdo de un hombre justo y experimentado, siendo yo ademas cristiano y estando convencido de que el verdadero cristianismo es hasta hoy la mejor forma religiosa.

—¿Habeis estado en seguridad siempre que habeis viajado? le preguntó Ambrosio.

—Sí, siempre, respondió. Debo en parte esta seguridad, como he dicho ya, á mi rosario, y en parte á mi costumbre y á mi hábito de hablar los dialectos del pueblo; he llevado siempre conmigo un campesino á quien tenia la costumbre de confiar el poco dinero que necesitaba para mis gastos diarios. Mi pequeño bagaje no era mas ni menos que el que un filósofo cínico de la Grecia



antigua hubiera podido llevar consigo; en fin, en las circunstancias en que no podia ir á pié, hacia mis transportes con un cochero del país que poseia un mulo y una calesa.

El Desconocido hablaba todavía cuando el Sol, á medio descender bajo el horizonte, iluminaba la naturaleza con sus últimos rayos escarlatas. El templo de Neptuno resplandecía por última vez con el reflejo del astro del día. Vinieron á decirnos que nuestros caballos nos esperaban y que era el momento de partir para nuestra morada de Eboli. Supliqué al Desconocido que nos acompañara y que nos hiciera el obsequio de aceptar un asiento en nuestro carruaje. Rehusó objetando que le habian preparado un lecho en las cercanías para pasar la noche y que al otro día partia para un viaje científico á la Calabria con la idea de visitar el teatro del terrible terremoto de 1783. Le presenté mi mano, la estrechó con efusion, deseándome buena salud y diciéndome: hasta mas ver.

#### CUARTO DIALOGO.

#### LA INMORTALIDAD.